

IN MEMORIAM: EXCMO. SR. D. ÍÑIGO CAVERO LATAILLADE

Palabras del Excmo. Sr. D. Marcelino Oreja Aguirre

Me unía a Íñigo Cavero una muy vieja amistad. Le conocí cuando él era estudiante de Derecho en Deusto y yo alumno de los Jesuitas en Valladolid. Años más tarde coincidimos en muchas aventuras políticas desde los años de Tácito, a principios de los setenta, en la formación de UCD, luego en el Gobierno y en la oposición, y siempre en la Asociación Católica de Propagandistas — la Santa Casa — y en la Universidad San Pablo-CEU. Y por último, aquí en la Academia.

Los dos compartimos desde muy pronto una doble vocación académica y política, y a ellas me voy a referir.

Íñigo desde muy joven mostró un especial interés por la vida universitaria. Como miembro de la Comunidad académica puso de relieve su rigor y competencia en el análisis y en la explicación de la realidad proponiendo soluciones imaginativas, sin contentarse exclusivamente en los análisis descriptivos; y en su quehacer político buscó siempre el acuerdo, pero eso sí, sin renunciar nunca a sus principios y convicciones.

Y éste fue tal vez uno de los rasgos más característicos de su rica y variada personalidad. El respeto inquebrantable a unos valores éticos y morales por encima de circunstancias y conveniencias. Alguien capaz de vivir —digámoslo en palabras de Laín— humanamente, viviendo con seriedad el destino y la dignidad

de ser hombre, es decir, un constante buscar la realidad para —en la medida de lo posible— conocerla y poseerla.

Ser riguroso en los principios y convicciones no significa renunciar a encontrar en los demás, en amigos y en adversarios lo que pudiera haber de constructivo. Se mostró siempre abierto al diálogo, a la comprensión, al consenso, lo que le valió el aprecio y la consideración de políticos que militaban en otros espacios ideológicos pero a los que escuchaba con atención y respeto.

Mantuvo a lo largo de su vida una línea de pensamiento, que arrancaba del humanismo cristiano, cuyos principios siempre defendió y practicó. A lo largo de su vida política no cambió nunca de pensamiento, ni de orientación de su compromiso político, ya estuviera en el Gobierno o en la oposición. Con el mismo entusiasmo y convicción defendía sus ideales europeos, los principios de libertad y democracia, el pluralismo político, ya fuera en el Congreso del Movimiento Europeo de Munich en 1962, en pleno franquismo, en las reuniones del Grupo Tácito en los años finales del Régimen, o en sus responsabilidades públicas en los tres ministerios que ocupó, o en su cátedra universitaria en la Universidad San Pablo. Nunca se escondió y nunca dejó de dar testimonio de su ideología y de los ideales que le inspiraban.

Y hay algo que quiero destacar aquí y que es menos conocido de la personalidad de Íñigo. Su sentido de la dignidad, del equilibrio, de la responsabilidad lo ejecutó con idéntico talante cuando ejerció altas responsabilidades públicas y cuando en la desintegración de la UCD aceptó la Secretaría General del Partido en 1981, cuando muchos de sus militantes comenzaban a dejar el barco que irremediablemente se hundía.

Tengo muy presentes aquellos momentos, a raíz del pésimo resultado en las elecciones de Galicia, al que seguiría el de las andaluzas y el desastre de las Generales. Íñigo aguantó con gran dignidad aquellas situaciones y se quedó en el Partido como Secretario General, sabiendo los sinsabores que le esperaban y él fue quien liquidó las cuentas en 1983 y en definitiva el que apagó la luz de los locales de UCD, eso sí, después de pagar las deudas de su propio bolsillo.

A Íñigo le recuerdo siempre como un hombre esperanzado, que no es lo mismo que optimista, aunque muchos lo confundan. El esperanzado, no lo olvidemos, cree y piensa que el mundo no va bien por la fuerza de las cosas y que en consecuencia debe esperar, actuando.

Y para que las cosas vayan razonablemente bien, dos condiciones son necesarias: la previsión razonable del futuro y una conducta adecuada a esa razonabilidad. Esas fueron también las condiciones que puso siempre en práctica en su quehacer político. El examen atento y reflexivo de una situación y el trabajo constante para la consecución de un determinado propósito. A pocos hombres públicos he conocido con tanta capacidad de previsión y con tanta vocación persuasiva para convencer en la negociación, sabiendo distinguir las esencias de los accidentes. Porque en política una cosa es ser tenaz y otra ser obstinado. Y él supo siempre ser leal sin que eso signifique seguimiento mecánico e irreflexivo, y menos aún contrario a las ideas o los ideales en los que creía y a los que no renunció jamás.

Esto nos lleva a una dimensión de Íñigo que era inseparable de su personalidad: su condición de hombre de fe. La fe entendida como experiencia religiosa y paralelamente como confesión y compromiso.

Íñigo encontró en la Asociación Católica de Propagandistas el cauce más adecuado para llevar a cabo su vocación y su compromiso político católico.

En ese sentido:

— Íñigo fue testigo de la fe, defensor de los derechos de la Iglesia Católica en los campos jurídico, educativo y cultural y en cuantos ámbitos trabajó en su dilatada vida pública.

— Fue un hombre de generosidad admirable. Se hallaba siempre dispuesto a ayudar y servir. Y se propuso abrir horizontes y comprometerse en la búsqueda de proyectos en los que estuvieran en juego la comunidad de bienes, ideales y esperanzas fundamentales, buscando las bases de una ética universal, que pudieran compartir personas de diversas religiones y tradiciones éticas.

— Fue, en fin, un prototipo de cristiano en la vida pública.

Íñigo Cavero, que tenía tras de sí un poso ideológico y una preocupación intelectual fue, en suma, un gran profesional de la política, un servidor leal de la Corona, universitario de vocación, brillante conversador, consumado gastrónomo, melómano, culto, inteligente, respetuoso con todo el mundo, atento a la suerte y la preocupación de los demás, y por encima de todo un hombre cabal con un extraordinario sentido de solidaridad, de auto-exigencia, de rigor, de coherencia, seguro siempre de sus convicciones democráticas y de su compromiso ciudadano, rasgos todos ellos que puso de relieve en su vida pública, en sus aportaciones a la

construcción europea y en su brillante contribución al papel de la clase política en la España democrática, como expuso en su discurso de ingreso en esta Academia.

Y concluyo así este fugaz recorrido por algunos rasgos de Íñigo Cavero, que unía a su origen aristocrático un espíritu de entrega y servicio a sus semejantes y una preocupación constante, por la convivencia y por la libertad, albergue y reflejo de una acendrada civilidad, de una auténtica altura espiritual y un permanente respeto por el otro, incluso en circunstancias en las que es mayor el riesgo de perder la compostura, lo que a él no le ocurrió jamás.

Quiero decir, especialmente a Belén y a sus hijos, lo muchísimo que le echaremos de menos y yo en particular, porque la amistad —y él era uno de mis mejores amigos— es una de las más reconfortantes realidades que nos alumbró la vida.

Además, estoy convencido de la inmensa pérdida que su muerte representa para esta Academia, donde por desgracia convivió poco tiempo entre nosotros. Pero su recuerdo siempre estará vivo en esta casa y su memoria se tornará visible en nuestras reuniones y debates y nos ayudará a continuar en nuestras labores cotidianas con la ilusión que él ponía siempre en cuantas tareas emprendía.